

TRADICIÓN LITERARIA Y REALISMO EN *LAZARILLO DE TORMES**

Souad RAGALA
Tánger

A lo largo de la historia, los grandes imperios fueron espacios de contrastes: grandeza y miseria, suntuosidad y pobreza, riqueza y hambre. Los ejemplos abundan: así fue el imperio abasí de Harún Er-rachid, la Francia de Luis XIV y la España de Carlos V, ejemplo que nos interesa en primer lugar. El imperio de Carlos V era inmenso, en Europa heredó varios países y ganó por la fuerza otros muchos. En América sus colonias eran numerosas. La inmensidad de los territorios sobre los cuales reinaba hizo que el emperador se interesase tanto por los asuntos exteriores que casi se olvidó de España misma. Según varios historiadores, Carlos V fue un buen estratega, pero un mal economista. Sus deudas y su torpe política económica son conocidas. El oro de las Américas fue a la par un bien y una maldición para la economía española. Fue la principal causa de la revolución de los precios, característica del siglo XVI: la agricultura y la industria se vieron afectadas por el impulso económico que suponía este oro y por la apertura de numerosos nuevos mercados. También contribuyó América a la despoblación de España, problema clave de la sociedad de entonces. La agricultura, en casi todas las regiones españolas, producía poco. La mesta contribuía a la devastación de la tierra: el ganado recorría tierras con toda libertad. La expulsión de los árabes, reconocidos expertos en labranza y el riego, influyó negativamente en el sector agrícola. La administración no intentó ninguna verdadera reforma y los medios de producción siguieron siendo primitivos.

En el sector industrial se nota cierto desarrollo. Los tesoros de las Indias ayudaban a su desarrollo y favorecían la exportación de objetos manufacturados. En algunas ciudades florecieron algunas industrias como la textil, el vidrio, etc. Pero este desarrollo no duró mucho, ya que a partir del último tercio de siglo XVI la industria empezó a declinar y los artesanos a llevar una vida miserable.

Por otra parte, como el siglo XVI fue un siglo de guerras y disturbios, los gobernantes se interesaban más por formar un ejército que por reformar la economía. Este estado de cosas hizo que el siglo XVI, época de gran esplendor político, fuese al mismo tiempo un período de pobreza y privaciones. El hambre y el desprecio del trabajo manual hicieron que se formara en España un mundo abigarrado de hidalgos míseros, mendigos, vagabun-

* Las notas se harán a lo largo de este artículo con referencia a la siguiente edición: *Lazarillo de Tormes*, Madrid, Edición Espasa Calpe, Colección Austral, 1973.

dos, prostitutas, etc. Dada la situación económica y social, ni el absolutismo de Carlos V ni el esplendor político de su imperio acallan a la gente. El malestar era notable y las quejas de las clases bajas abundaban. Muchos literatos de la época se interesaron por la situación: pedían reformas eficaces y justicia equitativa. Así, Luis Vives y su obra *Socorro a los pobres* (1526). Otros muchos escribieron sobre la clase baja y desheredada y señalaron los posibles remedios a sus problemas.

La literatura de este siglo intenta presentar de una forma o de otra la sociedad española. Dentro de este marco literario, la picaresca, género nacido en el segundo tercio del siglo XVI con el *Lazarillo de Tormes*, intenta ilustrar este mundo bajo y pobre, desde una óptica muy particular. Su técnica más característica consiste en la narración de la vida y aventuras de un mozo de muchos amos que, yendo de una parte a otra, buscando la vida como puede, presenta en un tono divertido y mordaz a la vez, lo más vil y censurable de la sociedad. Se trata de un juicio desde abajo, negativo y sarcástico. Esta literatura ofrece, por lo general, una visión de la España "profunda", la de las gentes pequeñas y debe leerse como una especie de contrapunto a la España de Carlos V, oficial, suntuosa y gloriosa. Sobresale en el género la primera y más famosa novela picaresca el *Lazarillo de Tormes*, tema de este artículo.

Como es sabido, el libro es anónimo y fue publicado con toda probabilidad en 1554¹. Lázaro, prototipo del pícaro, es un chico que tiene que arreglárselas solo. El libro es una sucesión de episodios en los cuales Lázaro cambia de amos, de ambientes y de sitios. Con él recorre el lector una parte de la geografía española y descubre el mundo de la mendicidad profesional, de la avaricia exagerada, de la hipocresía y de la falsedad. Este recorrido trae a la memoria del lector algunas realidades de la época en que fue publicado el libro y entonces se plantean las preguntas: ¿Es *Lazarillo de Tormes* la representación de ciertas clases sociales del siglo XVI? ¿Refirió su autor con fidelidad la vida, los modales, y las condiciones de vida de estas clases? ¿Es realista la obra o se trata de una mezcla de tradición literaria y de realismo?

Muy a menudo cuando se habla del realismo en la novela picaresca se suele entender por esta voz la representación de lo feo y de lo degradante de la sociedad. Es una idea falsa, ya que el realismo, entendido tanto en su tradicional como en su más moderna acepción, es la representación objetiva de la naturaleza, de la sociedad y de los hombres, hecha sin interpretaciones. El autor realista no debe transformar o calificar lo observado, sino presentarlo al lector tal como lo ve: bello, feo, ameno, chocante, etc.

El estudio del realismo en cualquier obra de ficción impone lógicamente el conocimiento de la época histórica a que se refiere la obra analizada. El

¹ Consultar a este respecto el estudio de Fernando Lázaro Carreter "Lazarillo de Tormes", *Literatura española*, Madrid, Editora Nacional, 1972, pp. 172-213.

grado de objetividad queda determinado, generalmente, por el grado de fidelidad que haya observado el autor a la hora de pintar esta época. La narrativa ha sido, en casi todas las épocas, objeto de numerosos estudios que tienen como fin la búsqueda de elementos realistas. Los críticos literarios han tratado desde siempre de averiguar hasta qué punto la novela no nace de la nada y es fruto de su tiempo. Su estudio hace posible -mediante interpretaciones de distintas índoles- la comprensión de algunos aspectos de la época donde nace, crece y se desarrolla. Las interpretaciones que se han hecho de *Lazarillo de Tormes* han sido muy diversas, aunque casi todas apuntan a un solo hecho: en el libro se vislumbra un trasfondo histórico que resulta difícil negar. No obstante, si imponemos al libro los cánones de la escuela realista, difícilmente podemos afirmar que es realista. El *Lazarillo de Tormes* no es objetivo ni exacto en la manera de pintar la realidad del siglo XVI. En los pasajes de la obra en que el autor anónimo trata de proporcionar rasgos que se relacionan estrechamente con la época que representa, lo hace de un modo tan satírico y deformado que el lector no alcanza averiguar la veracidad o no de lo contado y tan sólo se fija en la farsa que lo acompaña. Criticando este aspecto dice Azorín: "*El realismo es reflejo exacto de la realidad, no reflejo caricaturizado, hiperbolizado y deformado: repárese en cualquier novela picaresca y se encontrarán en ella frecuentemente lances inverosímiles, absurdos*"².

La crítica satírica que es la esencia misma de la picaresca le resta, pues, la supuesta objetividad requerida en cualquier obra que pretende ser realista. *Lazarillo de Tormes* es, por ello, una novela divertida forjada en las historietas más corrientes de la Edad Media. El realismo plantea más de una duda, por el término objetividad. Según Américo Castro: "*La realidad es sólo apariencia de realidad y la burla y la astucia están aquí justamente para cumplir una misión desrealizadora: el cura avaro cree que son los ratones y las culebras quienes se comen su pan, el lector goza y halla solaz en la vivacidad de tales simulaciones y en el fallido intento de pasar por verdaderas*"³.

El afán de crítica deforma de manera constante la realidad objetiva y da vida a un mundo recreado por el autor que corresponde a su objetivo: hacer una crítica global de una sociedad que él cree condenable. Para ello utiliza una serie de artificios que apuntan todos a convencer al lector de que este mundo -que sólo existe en su imaginación- es el mundo real. En esta interpretación que pretendemos hacer de *Lazarillo de Tormes* partimos de la hipótesis de que "el realismo" del libro debe ser entendido como un conjunto de técnicas literarias, cuyo valor epistemológico debe ser considerado como un tipo de representación literaria, como otra cualquiera. La relación que trata de mantener el autor de la novela con la realidad no debe

² Azorín, *Los valores literarios*, Madrid, Edición Nacimiento, 1913, p. 218.

³ Castro, Américo. *Hacia Cervantes*, Madrid, Ediciones Taurus, 1967, p. 41.

medirse por el número de coincidencias con esta realidad, sino en el modo de la representación (y no en la representación misma).

Algunos críticos, como Marcel Bataillon, niegan a *Lazarillo de Tormes* todo realismo⁴. Bataillon considera que es un libro que pone en escena historietas folclóricas ya conocidas y mencionadas con anterioridad a 1554. Veremos más adelante, cuando evoquemos algunos eventos del libro, que M. Bataillon encuentra para cada situación referida una fuente folclórica. El crítico defiende la idea según la cual el protagonista de la novela -aun siendo un personaje ficticio- no es el primer pícaro de la literatura española y que es un personaje sacado del folclore español, así figura en *La lozana andaluza*, publicada antes de 1550 como "el que cabalgó a su abuela...". En efecto, la palabra pícaro no aparece ni una sola vez en la novela. Se halla mencionada en *La falsa custodia* de Bartolomé Palau escrita después de *Lazarillo de Tormes*. La palabra misma de "pícaro", según afirman numerosos estudiosos, no es española, sino extranjera. Según Corominas, la palabra "pícaro" proviene de los nombres geográficos "picardo" y "picardía", provincia de donde emigraron muchos pobres hacia España. El procedente de la picardía era conocido por ser un soldado o un hombre pobre, sucio y aventurero. Covarrubias en *El tesoro de la lengua castellana* admitió que "Algún tiempo, alguna gente de picardía viniese a España con necesidad y nos trajese el nombre". Se la ha relacionado también con la palabra medieval "picaño". Algunos críticos han pensado en un etimología árabe, pero la idea carece de fundamento sólido. Otros han barajado otras hipótesis que coinciden todas en que la palabra "pícaro" no es española, sino procedente del extranjero.

"Pues sepa vuestra merced, ante todas cosas, que a mí me llaman Lázaro de Tormes...". Desde la primera frase del libro se soluciona el problema del narrador: es el protagonista quien va a encargarse de contar su vida, sus aventuras y sus adversidades⁵. El autor anónimo recurre al relato en primera persona, una tradición muy antigua que encontramos ya en escritos de Homero, Apuleyo y otros más. Con ello quiere que el libro sea leído como la autobiografía de Lázaro. Contar en primera persona implica, pues, que la historia será narrada desde un sólo punto de vista: es el narrador quien, tras este "yo", contará y valorará los hechos según su propia visión. Además del punto de vista único que canaliza el conjunto de hechos, acontecimientos y comportamientos que pretenden representar una época determinada y que están presentados a través de la visión de un solo personaje, el relato en primera persona va a imponer ciertas limitaciones a la historia narrada. Esta empieza cuando lo narrado ha sido vivido y

⁴ Cfr. *La vie de Lazarillo de Tormes*, Traduction de Morel Fatlo, Introduction de Marcel Bataillon, Paris, Edition Montaigne, 1958.

⁵ Francisco Ayala habla de "... una autobiografía apócrifa, es decir, la vida de un personaje imaginario que se supone escrita por él mismo". Cfr. *La Estructura narrativa y otras experiencias literarias*, Barcelona, Editorial Crítica, 1984, p. 27.

ya pertenece de hecho al pasado. La originalidad de *Lazarillo de Tormes* reside en que este pasado está hecho de historietas -cuya existencia está averiguada en la mayoría de los casos- que se convierten en la vida de un personaje concreto. Pero después de una lectura detenida, salta a la vista que va a tratarse de un falso autobiografismo. Una picaresca es una confesión imaginaria. El "yo" está creado y manejado por el autor mismo. El pícaro hace lo que quiere éste que haga, va a donde quiere éste que vaya.

No obstante la ausencia total del autor otorga una singular importancia al protagonista-narrador. El lector de aquel entonces, bañado del todo en el ambiente que ve reflejado de manera divertida y agradable en la obra que tiene entre manos debía de tener la impresión de leer la carta de un pregonero de Toledo que está contando las aventuras que vivió. El relato en primera persona acerca al personaje-narrador al lector: al dirigirle directamente la palabra le hace testigo y cómplice de lo que está pasando y se establece entre ambos una relación de simpatía y familiaridad⁶.

El autor se borró voluntariamente de su obra porque se proponía alcanzar un objetivo: presentar una obra con enormes visos de veracidad. Delegar el papel de narrador en el personaje que ha "vivido" la historia refuerza aun más esta pretensión. La no-aparición del autor hace que la responsabilidad de la narración recaiga por entero sobre Lázaro. Al utilizar la primera persona, Lázaro ya no pertenece al conjunto de la literatura, sino al capricho de su creador. Este "yo" le otorga una vida propia: deja atrás la tradición literaria a la cual pertenece y de la cual surge para tomar un carácter propio. En torno suyo evoluciona un conjunto de personajes sabiamente escogidos por el autor, todos representan a individuos reconocidos y reconocibles de la época: el mendigo profesional, el hidalgo hambriento, el clérigo inhumano, etc. Al relacionarles con un protagonista, que parece ser muy real, y con un tiempo y un espacio que se le antojan demasiado familiares al lector, llega el autor a darles a ellos también esta veracidad que tanto anhela. El hecho mismo de que el protagonista pertenezca a la clase más ínfima de la sociedad, por ser nuevo, atrae y hace que un gran sector de los lectores se identifique con él. La preocupación de Lázaro por la búsqueda de una ocupación fija es constante -y latente a la vez- se convierte en la preocupación de todos los que están en su misma condición, los que soportan a diario las mismas vejaciones y afrontan los mismos problemas. La manipulación que hace el autor de *Lazarillo de Tormes* de la realidad social -e incluso de la opinión pública de aquel entonces- que pretende describir y de la tradición literaria, fuente de inspiración de su libro, es constante en la novela. Francisco Rico apunta al

⁶ Germán Gullón señala a propósito del relato en primera persona "... su valor retórico estriba sobre todo en la facilidad con que se establece una relación casi amistosa o familiar entre el narrador y el lector lo cual asegura que éste confiará en lo dicho por aquél, y lo dará por bueno". Cfr. *El narrador en la novela del XIX*, Madrid, Ediciones Taurus, 1976, p. 21.

respecto: "*La excepcional originalidad de la carta del pregonero estriba en haber imaginado un relato que, a diferencia de todos los otros que entonces circulaban, debía poder leerse como ficticio responder a los mismos presupuestos manejados en la vida diaria*"⁷.

Quizá sea el primer tratado el que más condena al Lazarillo al "irrealismo". La pareja de ciego y su lazarillo aparece como figura literaria mucho antes del libro. Es una figura que ha sido aprovechada por casi todas las literaturas europeas: inglesa, alemana, francesa y española. En la tradición oral está también muy presente y varios cuentos de la época tienen como protagonistas a un ciego y a su mozo. En las representaciones pictóricas, la pareja aparece antes del siglo XVI. Pedro Berrugete ha pintado con notable realismo a un ciego y su lazarillo ante la urna de un santo. Es conocida, por otra parte, la ilustración del ciego y de su mozo en los decretales de San Gregorio en el siglo XIV. Esta ilustración, conservada en el British Museum de Londres, muestra al mozo robando el vino de su amo. Así pues, es incontestable que el episodio del ciego está forjado en la tradición literaria y pictórica española y europea. Pero el autor supo aprovechar este episodio situándolo en el tiempo y el espacio que escogió para su relato de manera que crea esta impresión de veracidad que capta el lector. Sabemos también que la mayoría de las farsas que protagonizan los dos personajes no tienen nada de original y que ya aparecieron en historietas populares anteriores al libro. A título de ejemplo, podemos referirnos al robo de la longaniza que no sólo pertenece a la tradición cuentística española, sino también a la europea. Así en la misma historieta en la versión inglesa el mozo roba una oca, en la alemana un pollo, y un trozo de chorizo, en la versión de Horozco.

Por otra parte, notamos que la vida de Lázaro va íntimamente unida al vino: le salva la vida curándole las heridas cuando sus amos, el clérigo y luego el cura, le destrozan la cabeza; al final de la novela alcanza una brillante situación porque será precisamente un pregonero de vinos. El vino, bebida simbólica por excelencia, cargada de significados culturales y religiosos varios, está presente en la memoria colectiva de la comunidad cristiana. Como elemento regenerador y fuente de alegría está presente en numerosas obras literarias, en la tradición oral de distintos pueblos y en los proverbios. Quizá el autor de Lazarillo haya aprovechado una de estas fuentes en particular: el proverbio que dice "Lavadme la cabeza después de descalabrada" ya que Lázaro se encuentra varias veces "descalabrado" y luego "lavado y sanado" por el vino.

Muchas situaciones en este capítulo son ficticias por necesidad literaria. En su afán de provocar la risa el autor exagera los hechos. Esta tendencia a la exageración, utilizada como un artificio para reforzar la impresión de

⁷ Rico, Francisco. "Novela picaresca e historia de la novela", *Claves de Razón Práctica*, marzo 1992, nº 20.

realidad que se desprende de todo el libro, le quita, paradójicamente, mucha veracidad a lo contado. Refuerza la impresión de realidad porque da más humanidad a Lázaro y le dota de un carácter acorde con su situación social, pero al mismo tiempo deforma el hecho contado convirtiéndolo en pura representación. Por ejemplo, cuando habla del fardel de su amo dice Lázaro: "...que muchas veces de un lado del fardel descosía y tornaba a coser, sangraba el avariento fardel, sacando no por tasa pan, más buenos pedazos, torreznos y longanizas"⁸. La acción, tantas veces repetida, debía necesitar sin duda mucho tiempo. Lo curioso es que Lázaro no comenta la reacción del ciego al respecto. Sin embargo y a lo largo del apartado lo presenta como astuto y muy sensible a sus travesuras. ¿No se dio cuenta de que el fardel estaba saqueado de manera constante? Además, señala Lázaro que el ciego se dio rápidamente cuenta de minúsculo agujero que él le había puesto en la vasija de vino⁹. Las dos situaciones van en contra de la verosimilitud psicológica ya que contradicen la reacción normal y humana que debía haber tenido el astuto ciego.

En el mismo apartado dice Lázaro explicando el episodio de las blancas: "... como él carecía de vista, no había el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenía lanzada en la boca y a media aparejada, que por presto que él echaba la mano, ya iba de mi camino aniquilada en la mitad del justo precio"¹⁰. Lázaro llena la boca de medias blancas y con ellas cambia la blancas dadas por la gente caritativa al ciego. Tener la boca llena de monedas y aguantarlo durante un largo tiempo, por muy difícil que sea, puede admitirse como posible. Pero la gimnasia bucal llevada a cabo por el mozo parece menos admisible como tal y por consiguiente poco verosímil. Aquí tampoco el ciego se da cuenta de la estafa, aunque asocia "la devaluación" del valor de las limosnas a la presencia de Lázaro y le responsabiliza de ello: "... que después que conmigo estás no me dan sino medias blancas (...) en ti debe estar esta desdicha".

Además de lo artificial de la reacción del ciego, parece increíble la pasividad de los transeúntes. Como la mayoría de los mendigos el ciego debía colocarse en una calle animada. Lógicamente alguien, al constatar la travesura del mozo le hubiera avisado. Estamos pensando en particular en aquellas mujeres beatas que creían ciegamente en las oraciones y en los "diagnósticos" del ciego. Alguna de ellas, sea por respecto al ciego, sea por su curiosidad innata, hubiera denunciado al mozo.

Aparte de estos episodios que nos parecen pura creación literaria, existen otros cuyos origen es difícil de determinar. Es el caso de la escena del racimo de uvas, por no citar más que un ejemplo. La escena aludida no se conoce en España hasta mucho tiempo después de la publicación de *Lazarillo de Tormes*. No se ha dado con ningún origen folclórico seguro. La

⁸ *Lazarillo de Tormes*, p. 46.

⁹ *Id.*, p. 47.

¹⁰ *Id.*, p. 46.

impresión de veracidad que se desprende de la escena está debida esencialmente a la destreza del autor y a los distintos modos de representación que utiliza. Sabe situar con maestría la escena en el tiempo y en el espacio adecuados. Estamos en Amorox, a muy poca distancia de San Martín de Valdeiglesias, una región conocida por su vid. Es la época de la vendimia. Los acontecimientos se desarrollan según un orden lógico y están situados en un marco espacio-temporal que tiene todas las características de un cuadro de los llamados realistas. Después de la vendimia vienen las lluvias. Este detalle climatológico es aprovechado por el autor para reforzar esta impresión de veracidad que se desprende de todo el episodio. Lázaro y su amo pasan por Amorox poco antes de la escena de la longaniza, y él está pensando en vengarse de su amo. La lluvia le brinda la ocasión: es el tiempo idóneo para llevar a cabo de lo que se había propuesto, destroza la cara del ciego contra un pilar y huye.

Dejando aparte la técnica narrativa que utiliza el autor y el aprovechamiento de la tradición literaria, lo contado en el primer apartado ilustra con claridad dos problemas vigentes en el siglo XVI: la mendicidad profesional y la falsa devoción. La mendicidad es una plaga que acompañó todos los tiempos, pero que se acentúa en momentos de crisis. En el siglo XVI fue un problema candente. La pobreza y la pereza eran las dos causas fundamentales de este fenómeno social. Como ya lo hemos subrayado al principio de este artículo, el siglo XVI español fue muy negativo para las clases bajas que sufrieron todo tipo de desgracias: hambre, falta de trabajo y sobre todo un gran desprecio por parte de las clases pudientes. La mendicidad había alcanzado tales proporciones que la Cortes de Toledo dedicaron varias sesiones al estudio del problema sin llegar a encontrar las soluciones adecuadas. Al lado de la mendicidad por necesidad se había desarrollado otra más vulgar y cada vez más frecuente: la mendicidad profesional. El ciego de *Lazarillo de Tormes* es el mejor representante de este fenómeno social. Hace de la mendicidad una verdadera profesión. Se nota que aunque tiene bastante para comer, sigue pidiendo con el único propósito de atesorar dinero. Este tipo de mendigos era bastante frecuente y el autor sabe utilizarlo oportunamente. Presenta a un personaje al que dota de un carácter tan verídico que parece provenir de las más bajas clases sociales de la época. La descripción detallada de la fingida sinceridad, de los conocimientos y las astucias que utiliza para engañar a la gente caritativa -y sobre todo a las mujeres- denota el gran saber que tenía el autor de la psicología humana. El personaje que pone en escena es copia de un original que ha acompañado toda la historia humana. Asimismo apareció en casi todas las novelas picarescas. A través del teatro de los siglos XVI y XVII llegaría hasta el famoso *Tartuffe* de Molière.

Además el autor hace evolucionar al personaje del ciego en escenarios muy reconocibles por el posible lector: Toledo con sus callejuelas, sus pilares, etc. La impresión de veracidad tan perseguida por el autor anónimo se encuentra así más reforzada. Por ello notamos a lo largo de la novela que

la imaginación está constantemente controlada por los elementos sacados de la vida cotidiana vivida y conocida por todos. La historicidad de la mayoría de los personajes y acontecimientos lleva el lector a efectuar un cotejo continuo entre el tiempo histórico y el tiempo novelesco, y sin poderlo remediar acaba admitiendo la verosimilitud de varios aspectos de la novela.

Es precisamente lo que hacemos ante otros elementos del relato que recuerdan con insistencia la realidad social del siglo XVI. Así notamos que la horrorosa y nada fingida hambre que sufre Lázaro ilustra la precariedad económica que conocieron las bajas esferas de la sociedad. El hambre fue la causa principal del cambio de amos: cuando ya no podía ni burlarla ni aguantarla, intentaba buscar mejor vida con un nuevo amo. Lo mismo podemos decir de la vida de la madre de Lázaro. Cuando se queda viuda y sin recursos, viene a la ciudad en busca de trabajo. De su primera ocupación honesta dice su hijo: "... *alquiló una casilla, y metióse a guisar de comer a ciertos estudiantes y lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos del comendador de la Magdalena...*"¹¹. Los libros de la historia social de la España de la época están repletos de referencias a estos tipos de ocupaciones. El cotejo con el tiempo histórico se impone de manera constante. Otro detalle de la vida de la madre nos lleva de nuevo a considerar la verosimilitud de los hechos narrados. Cuenta Lázaro que siendo ésta joven es seducida por un mozo de las caballerías, uno de aquellos a quienes "*lavaba la ropa*". Una vez conocida la relación, éste recibe el castigo que en esta época recibía el culpable en estas circunstancias: le azotaron y pringaron; ella recibió también el castigo usual: la ridiculizaron y azotaron.

Notamos, pues, que la preocupación del autor por la vida cotidiana de la gente pobre prevalece casi siempre sobre las imposiciones de la estética y de la creación literaria. El mayor logro del autor reside, quizá, en el hecho de haber escogido de la tradición literaria española o europea los personajes y las actuaciones que más se adaptan y reflejaban la vida diaria de la época. En *Lazarillo de Tormes* la inspiración en la tradición literaria es permanente. Aunque existen muchos rasgos verosímiles la materia de este apartado proviene directamente de las historietas de la época. Caricaturizar a los curas es cosa tan antigua como la corrupción de algunos de ellos. En el siglo XVI se desarrolla una literatura anticlerical que tiene por objetivo criticar a algunos representantes de la Iglesia por su hipocresía y por su indiferencia. Se les reprochaba también el hecho de no representar dignamente la doctrina de Cristo. Esta literatura tenía dos vertientes: una serie y metódica, representada por Erasmo, sus discípulos, algún sector de la Iglesia y varios pensadores y humanistas de la época. La segunda, divertida y caricaturizante, en el ámbito literario, tiene como máximo representante la picaresca, que aparece y se desarrolla a lo largo del siglo. Esta segunda vertiente había calado hondo en el pueblo que se daba cuenta de la falsedad de algunos clérigos mediante la risa. Años después dirá Molière del mismo

¹¹ Id., p. 40.

fenómeno: “*Se corrige a los hombres dejándoles reírse de sus mismos defectos y de los defectos de los demás*”. En el siglo XVI se intensifica, pues, la crítica a lo clérigos. Se debe quizá a la importancia dada por los intelectuales españoles a Erasmo y a su doctrina. Éste vivió durante muchos años en España y era muy apreciado por Carlos V. A pesar del contenido crítico de sus libros se leían con toda libertad en España. Su crítica se quería constructiva y apuntaba a la reforma del clero. Era, a pesar de sus teorías, un ferviente católico. Abogaba por una reforma desde dentro y no desde fuera, como lo hacía el alemán Lutero.

Por ello constatamos que el apartado II no sale del marco histórico del siglo XVI, forma parte de la corriente ideológica imperante en aquel entonces. A lo largo del apartado II asistimos a una crítica mordaz y a un ridiculización sistemática de este representante de la Iglesia. Aquí también la exageración y la deformación de lo contado es de rigor. No obstante, existe un trasfondo histórico que hace pensar en la vida misérrima que llevaban algunos miembros del clero y sobre todo los que vivían en las pequeñas poblaciones. Además de su difícil vida económica existen entre el bajo clero elementos sin ninguna formación teológica. En *Historia de España y América social y económica* leemos: “*Pero al lado de una minoría selecta, abierta a toda clase de manifestaciones del espíritu, existía una masa, creciente a medida que avanzaban los tiempos, de eclesiásticos rudos, con escasa o nula preparación, que fueron satirizados por la literatura de la época*”¹².

Con los elementos que proporciona el narrador, el clérigo de Maqueda parece ser uno de los componentes de esta “masa”. La avaricia que le caracteriza resulta más de su rudeza y falta de formación que de la vida económica precaria que lleva. Otra vez más, el autor cuida de escoger los elementos más reconocibles por el público de la época para retratar a sus personajes. Se trata de un visión muy selectiva que apunta a subrayar rasgos que parecen verosímiles y apoyan la tesis ideológica del autor. Con este objetivo echa mano de elementos frecuentemente observados en la sociedad que pretende describir. Se trata esencialmente de elementos de la conducta humana, que se pueden encontrar en la vida diaria y corriente, y que el autor aprovecha en una creación ficticia dándoles una nueva dimensión, la de la imaginación. Es la operación de la recreación de la realidad a la que hemos aludido más arriba que el autor logra, en varios casos, mediante la exageración o la deformación. A este respecto podemos aludir al hecho de que el clérigo de Maqueda comía mucho en las casas ajenas. Este detalle es sociológica y psicológicamente realista, sin lugar a dudas, y ha sido tan manejado en la mayoría de las literaturas y en varias épocas que ya forma parte de la tradición literaria. La figura del cura campesino y avaro que se aprovecha del lugar de honor que normalmente

¹² *Historia de España y América social y económica*, dirigida por J. Vicens Vives, Barcelona, Editorial Vicens Vives, 1982, p. 66.

ocupa en las mesas ajenas y come hasta no poder más, al mismo tiempo que se podía ver en la vida real y concreta, se ha convertido en una presencia obligada en la narrativa de todas las épocas literarias. Con el mismo objetivo abundan en el apartado detalles que aluden claramente a la vida diaria de la época. Así, por ejemplo, Lázaro habla con muchos detalles del "bodigo de la iglesia". Es una ofrenda que la gente devota hacía casi a diario al clérigo.

Las tradiciones culinarias de algunas regiones españolas aparecen también. Es sabido que en ciertas provincias se comía con bastante frecuencia cabezas de carneros. Lázaro habla largamente de estas tradiciones sin una verdadera voluntad de ofrecer cuadros "costumbristas", sino con una intención bien determinada: denunciar el maltrato de que es objeto y el hambre que está pasando dondequiera que esté y sea quien fuere el amo a quien sirviese. En el caso particular de las cabezas de carneros subraya con insistencia que mientras el amo comía la carne, a él le tocaban los huesos.

Echado de la casa del clérigo como si fuera "*el mismo diablo*", Lázaro deja Maqueda y se dirige rumbo a Toledo. En esta ciudad va a dar con su tercer amo, el escudero, un muerto de hambre que sigue aferrado a su pasado noble. Como los de su estirpe venidos a menos desprecia el trabajo manual y vive estoicamente en la miseria. En este apartado la vida de Lázaro experimenta un cambio radical: esta vez no sólo pasa hambre y tendrá que pedir para comer, sino que va a hacerlo también para alimentar a su amo. ¿Se trata de una tradición literaria o de un hecho sacado de la realidad circundante? Las dos hipótesis son válidas si se toma en consideración bajo qué punto de vista están presentados personajes y hechos. Varios críticos, como M. Bataillon y A. Valbuena Prat, apoyan la idea según la cual el episodio del escudero recuerda a *Quem tem farelos* de Gil Vicente, escritor del siglo XVI, pero anterior a *Lazarillo de Tormes*. Gil Vicente ridiculiza a un hidalgo: "... hambriento y enamorado, se pasa la vida sin probar bocado, porque no tiene dinero y se cree feliz, cantando ante la ventana de la amada". Quizá nuestro autor se haya inspirado en este hecho y lo adaptó tan bien a su historia que el personaje parece tener vida propia y personal. El episodio del enamoramiento de hidalgo de Gil Vicente si no desaparece por completo de *Lazarillo de Tormes* aparece muy transformado. Aquí el hidalgo no se enamora, sino que, aguantando el hambre, acude a citas con mujeres cerca del río. De todos modos, el personaje no tiene nada de original y es una figura que aparece con bastante frecuencia en los escritos de los siglos XVI y XVII. Calderón de la Barca satirizó e inmortalizó, años más tarde que *Lazarillo de Tormes*, a un hidalgo hambriento en su famosa obra *El alcalde de Zalamea*. Los chascarillos y las historias populares se interesaron también por el tema y tenían como protagonista a un hidalgo pobre, pero que cuida de no parecerlo por orgullo de casta.

De todos modos, la impresión de veracidad que se desprende de este apartado no se sitúa a nivel de los hechos, sino más bien a nivel del comportamiento de los personajes y de su psicología. Es el apartado más

ameno y humano de la obra. El autobiografismo de la obra se encuentra claramente controlado por el autor que está detrás y que lo manipula. Lázaro cambia de comportamiento de manera casi súbita: siente una profunda simpatía hacia el escudero hambriento, le compadece e incluso encuentra lógico que el hidalgo pase hambre porque con ello salva su "negra honra". Aunque los conceptos de la honra y del honor eran muy diferentes para las clases sociales de la época, la simpatía y sobre todo la comprensión de que hace alarde Lázaro dejan pensar, una vez más, en su constante y frustrada búsqueda de una vida digna. A nuestro parecer, detrás de este cambio está el creador de Lázaro, que maneja sutilmente los hilos de la narración. La crítica mordaz e hiriente que reserva a las clases bajas e incultas se ve reemplazada por una profunda simpatía y una sincera compasión que siente el personaje-narrador por el hidalgo. Por lo que pensamos que el autor anónimo debía de pertenecer a una clase acomodada -y porque no noble- que conoce perfectamente a la sociedad donde vive y que entiende lo que está padeciendo el hidalgo que pone en escena. Porque notamos que a lo largo del apartado, y a pesar de la huida del escudero que no tiene nada de "noble", sigue siendo éste el personaje más positivo de toda la obra. A este respecto dice A. Valbuena Prat: "... en el fondo es el más inofensivo e ideal de los tres personajes, el que en las entrañas lleva, soberbio y modesto a la vez, una dignidad elevada que hace pensar en Don Quijote y en Cervantes"¹³.

Esta soberbia y esta dignidad son descritas con una objetividad que corresponde al tipo histórico y literario del personaje. El respeto por la tradición literaria es total, de donde esta impresión de veracidad que tiene el lector -incluso el lector actual- del personaje: éste corresponde a una figura conocida, que tiene los mismos rasgos que otras figuras frecuentemente encontrada en ciertos libros que lee. Se crea entonces una especie de familiaridad entre el lector y el personaje del hidalgo hambriento. Familiaridad debida esencialmente a la frecuente presencia de la figura tanto en la vida social de entonces como en las creaciones literarias.

La veracidad psicológica a la cual hemos aludido más arriba se ve reforzada por el comportamiento de Lázaro: engañaba a sus primeros amos porque le trataban injustamente. Sus engaños y venganzas eran el único medio que tenía para poder sobrevivir. Luchaba contra la maldad de los demás con las mismas armas. No obstante, al dar con un amo que estaba en las mismas condiciones que él cambia de comportamiento¹⁴. Con mucha lucidez sentencia: "*Este -decía yo- es pobre y nadie da lo que no tiene, mas*

¹³ Valbuena Prat, A. *Historia de la literatura española*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 1974, p. 520.

¹⁴ Francisco Ayala subraya el comportamiento humano de Lázaro y anota que el escritor ha dotado al personaje "con una dimensión de humanidad profunda, compleja y muy conmovedora". Cfr. *La Estructura Narrativa y otras experiencias literarias*, p. 48.

el avariento ciego, y el malaventurado mezquino clérigo, que, con dársele Dios a ambos, al uno de mano besada y al otro de lengua suelta, me matan de hambre, aquéllos es justo desamar y aquéste de haber mancilla"¹⁵. Pedirá para comer y para dar de comer a su amo y lo hace de manera discreta para que la gente no se entere de la pobreza de éste. Su comportamiento es muy humano y lo dignifica. Es el único momento de la novela en que aparece Lázaro dotado de sentimientos nobles y desinteresados. La Lógica que le motiva a actuar de este modo convence al lector de su veracidad moral: el personaje actúa según una moral convencional avalada por gran parte de los lectores potenciales. Respecto a esta veracidad moral apunta Américo Castro: "*Los únicos momentos de veracidad moral y de expresión no teñida de sarcasmo aparecen en el episodio de escudero*"¹⁶.

Lazarillo de Tormes trata esencialmente cuatro temas: el clero, la pobreza, la hidalguía, la falsedad y el engaño. Los cuatro temas dominan el libro (Tratados I, II y III) y se repiten de una manera o de otra en los demás tratados (IV, V, VI y VII) que constituyen, en el fondo, una especie de continuación temática de los tres primeros tratados. En los últimos tratados del libro se retoman los mismos temas. La preocupación de Lázaro sigue siendo la misma: buscar un medio para vivir. El tono divertido domina toda la narración. Mas la lectura detenida de la novela deja un sabor muy amargo: esta vida contada de manera tan despreocupada es una vida muy triste. Lázaro cambia de amos porque no puede vivir con ninguno. La suya es una vida de errancia permanente: está buscando algo tan sencillo como vivir decentemente de un trabajo y no lo logra. No lo logra por la maldad de los demás, pero también por su manera de ser. Tiene una idea fija y determinada de lo que quiere de la vida y se pasa la vida buscando la manera de realizarla. De las experiencias que ha vivido con todos los amos que ha tenido parece que ha llegado a una conclusión: una vida honesta es imposible para la gente de su clase. Parece tan convencido de ello que decide aceptar la deshonra, vivir con ella para dejar de errar. Su resignación ante el engaño de su mujer da lugar a un profundo sentimiento de frustración (experimentado esencialmente por el lector que juzga los hechos con distanciamiento), pero también atestigua el conformismo del personaje. Lázaro alcanza la meta por la cual ha obrado desde el principio de la historia: ya tiene un trabajo fijo y bastante fácil y se conforma con ello. Notamos, pues, como el tono festivo de la narración se convierte en un artificio más: *Lazarillo de Tormes* es un libro profundamente triste y amargo. La sombra del engaño, de la perfidia y de un injusto convencionalismo social está en todas las páginas del libro, tapada con una cortina transparente de humorismo. Por lo que la aparición harto rápida del arcipreste, al final de la novela no deja de ser altamente significativa. Al

¹⁵ *Lazarillo de Tormes*, p. 98.

¹⁶ *Hacia Cervantes*, p. 148.

amigo de éste va dirigida la carta del protagonista del libro. Aunque su actuación efectiva parece limitada, en el fondo su sombra planea de manera continua sobre el destino de Lázaro. El está detrás de todo "el asunto" y es precisamente el importante papel que desempeña en la vida del personaje lo que ha movido a éste a escribir la carta que justifica la existencia misma del libro.

El autor, anónimo y de desconocidas tendencias religiosas e ideológicas, se inspiró en la realidad de su época y de todo un conjunto de historietas y cuentos que estaban presentes en la memoria colectiva de sus contemporáneos para poner en escena a unos personajes y unos comportamientos ficticios que sólo existían en su imaginación. Actuando de esta manera era consciente de que cada aparición de un personaje o su actuación iban a despertar el interés del lector porque le recordaría constantemente alguna figura conocida o alguna historia vivida o contada. La figura de un mozo divertido, que sirve a muchos amos funciona como el hilo unificador y refuerza aún más la impresión de que todo lo que cuenta "La Carta" es verdad.

Con una aparente objetividad, el autor de *Lazarillo de Tormes* logra dar crédito a "la mentira realista" porque el mundo de la novela realista no existe más allá de la literatura. La novela picaresca, como las demás novelas que pretenden describir "la realidad de una época", intenta pintar algunas variedades de la experiencia humana relacionándolas con diversos escenarios y distintos personajes. En la obra, el realismo no reside en la clase de vida que expone, sino en el modo en que lo hace, consiguiendo lo que ya hemos señalado como la maravillosa "mentira realista". En la crítica de las distintas clases sociales que aparece en *Lazarillo de Tormes* el autor no es neutral; al contrario, se hace testigo y juez de su época: por ello manipula constantemente al personaje en quien delegó el papel de narrador, y por ello también confunde voluntaria y conscientemente hechos reales y otros puramente imaginados.

Cotejando datos históricos y episodios novelescos, hemos averiguado que la visión de conjunto que pretende ofrecer el autor no deja de ser selectiva y parcial. Por lo tanto el realismo con que pretende hacer su crítica es una especie de disfraz transparente de una posible postura ideológica. El autor censura mediante una crítica, que parece ser total, un orden de cosas que él juzga pasible de condena. El está convencido y quiere convencer al lector -mediante varios artificios- que España va mal y que los problemas son muchos y muy profundos.